

conocimiento especializado y generoso para especialistas y aficionados. De esa manera la grulla y el cordero cierran la edición con su sabiduría,

su previsión, su temple, prudencia, la paciencia para poder reflejar en este material la importancia que tiene la interdisciplinariedad como mé-

todo para el conocimiento profundo, organizado y más certero de nuestra historia arquitectónica, ahora subrayada por las imágenes.

## La prensa, la política porfiriana y “los rebeldes de la bandera roja”

Fausta Gantús\*

Jacinto Barrera y Alejandro de la Torre, *Los rebeldes de la bandera roja. Textos del periódico anarquista ¡Tierra!, de La Habana, sobre la Revolución mexicana*, México, INAH, 2011.

**D**urante la segunda mitad del siglo XIX en México la prensa constituyó el espacio para hacer política. Así lo confirman las opiniones y las estrategias desplegadas por Porfirio Díaz y su grupo de colaboradores más cercano. En efecto, en enero de 1882, dos años antes de que tuvieran lugar las elecciones presidenciales de 1884, Ramón Corona escribía a Díaz haciéndole ver la importancia de iniciar una campaña de promoción de su candidatura tanto en la prensa nacional como en la extranjera. Para la

difusión de la postulación del general y su regreso a la presidencia era necesario, insistía, iniciar trabajos desde varios flancos, en el extranjero y en el país (tanto en la capital como en los estados), de manera directa y, sobre todo, a través de la prensa.

Esta convicción de la importancia de la prensa la constatamos también un par de años más adelante, en 1885, en una carta de Manuel Payno escrita desde Nápoles, Italia, en la que señalaba al presidente Díaz la relevancia de contar con un sistema de promoción y difusión en el extranjero, pues consideraba que el impacto e influencia que se conseguía tenían gran repercusión sobre la proyección de la imagen y presencia de México en el ámbito internacional. Sus opiniones dejan ver el convencimiento que los hombres de letras

y los de la política compartían sobre el poder de la prensa.

En efecto, lo que se decía en los periódicos era tomado muy en serio por los actores políticos, pues la prensa era el espacio para la exposición de las ideas y el debate de opiniones y posiciones; ahí también se construían trayectorias y se podían destruir personalidades. Por lo mismo, era necesario buscar controlar y tomar medidas sobre y contra los dichos publicitados a través de la prensa, pues las lealtades y las amistades podían verse seriamente afectadas. De esta forma, en la segunda mitad del siglo XIX se recurrió reiteradamente al uso de la prensa para la promoción y sostenimiento de campañas y de gobiernos, lo mismo en la capital de la república que en los estados del país y en la proyección hacia el extranjero.

\*Instituto Mora.

En este contexto, el estudio de la prensa durante los gobiernos de Porfirio Díaz, se inscribe el libro *Los rebeldes de la bandera roja. Textos del periódico anarquista ¡Tierra!, de La Habana, sobre la Revolución mexicana*, de Jacinto Barrera y Alejandro de la Torre. El primero, Barrera, tuvo a su cargo la compilación del material, en tanto De la Torre realizó la introducción y elaboró las notas críticas que acompañan, complementan y explican algunos textos.

En los inicios del siglo XX y en la última década del gobierno porfiriano, el periódico anarquista *¡Tierra!*, editado en La Habana, Cuba, incluyó de manera intermitente aunque continua, entre 1903 y 1914, una serie de textos —notas y artículos—, algunas veces, las menos, firmados por su autor; otras, la mayoría, rubricados con seudónimo, y algunas más sin firma, en los que se trataba o reseñaba la situación dominante en el país en materia social y política, principalmente, así como lo relativo a los riesgos de la vida periodística. Pintada desde la radicalidad del discurso elaborado desde el posicionamiento ideológico-combativo del anarquismo, que buscaba reivindicar el papel de las clases trabajadoras y exhibir, con el fin último de destruir, los sistemas de poder, especialmente el político y el económico, la realidad mexicana se traduce (o habría que decir se reduce) para los redactores de ese impreso en explotación, abuso y violencia de un pequeño grupo sobre toda la población.

Los periodistas, pero no todos, claro está, sino aquellos que ha-

cían la oposición al gobierno, por ejemplo, eran mostrados como las víctimas de un sistema que se valía de diversas estrategias represivas para acallarlos. Así eran golpeados, se destruían sus máquinas y talleres, los amenazaban y los encarcelaban recurrentemente, pero, lo que es más grave, también se les asesinaba sin que pudiera identificarse claramente al autor, aunque los redactores señalaran que detrás de ellos estaba la sombra de Díaz y su gobierno. Así, el semanario daba cuenta, entre otros, de los casos de Jesús Valadés, apuñalado en Mazatlán; de Vicente Rivero Echeagaray, acribillado en Tampico en 1902; de Abelardo Ancona en Mérida, asesinado con igual método en 1906; el de Jesús Olmos en Puebla, que fue golpeado hasta morir; o el de Agustín V. Tovar, envenenado mientras estaba en prisión.

Ahora bien, si a todos estos periodistas, como deja ver el semanario, los unía el propósito de combatir al gobierno y a las autoridades en el poder, lo que en un estudio sobre las dinámicas de las relaciones entre la política gubernamental y la prensa tendríamos que observar obligadamente, y que, claro no destacan suficientemente los redactores porque ni era preocupación de la época ni intención de la contienda, es que de todas estas atroces muertes la mayoría habían ocurrido en diferentes estados de la república y sólo una en la ciudad de México. ¿Qué nos dice este dato? En primer lugar, que es necesario reconocer y discriminar la política federal de las políticas locales. En necesario reconocer

que, si bien se inscriben todas esas muertes en el marco de un gobierno de largo aliento que había dominado en el escenario nacional por más de dos décadas, ello no implica que el mandato presidencial se impusiera en cada rincón del territorio mexicano. Por el contrario, es imprescindible observar que las realidades regionales, estatales y municipales fueron, a lo largo de todos los años en que presidió Díaz, un elemento fundamental para entender la vida pública y la vida política. Algunos historiadores, desde hace ya algunos años, han puesto la atención sobre este fenómeno, y es necesario insistir en él porque la única posibilidad de entender las diferentes etapas del porfiriato es desde una perspectiva que sume la reflexión regional al análisis nacional.

Los temas de que se ocupan a lo largo de una década en las notas recopiladas son variados, desde el abuso bestial de patrones y capataces sobre los peones de hacienda hasta el injusto trato dado a los obreros de las fábricas; desde las perversas relaciones de la esposa del presidente con las altas cúpulas clericales de la Iglesia católica hasta la denuncia de que la policía porfiriana estaba compuesta por criminales; desde la persecución de periodistas hasta la denuncia de los asesinatos; desde la pobreza del pueblo, pasando por la acusación de la explotación capitalista, hasta el llamamiento a la solidaridad internacional y el apoyo a la revolución. En fin, el repertorio de asuntos es amplio y no pretendo agotarlo en este brevísimo re-

cuento, la finalidad es mostrar el abanico tan variado de cuestiones de las cuales se ocuparon los escritores de *¡Tierra!* en lo referente al caso mexicano.

La interesante compilación de textos realizada por Jacinto Barreira permite acercarse a la historia de las relaciones internacionales de México, con y a través de la prensa, desde una visión periférica, esto es no desde la ciudad de México, sitio central en el desenvolvimiento de la historia nacional, lugar de referencia por excelencia en función de su carácter como núcleo de la vida pública, sino desde el estado de Yucatán, lejano de la capital no sólo en lo relativo a la distancia sino también por las condiciones económicas y políticas. En efecto, como refiere Alejandro de la Torre, era ahí, en la península sureña, donde circulaba el semanario cubano; ahí también se trabajaba en apoyar la publicación mediante la estrategia de recaudar fondos; también desde Yucatán corresponsales anónimos empezaron a enviar a la redacción del periódico colaboraciones que daban cuenta de los sucesos mexicanos, aunque con el paso del tiempo los sitios de los que provenían las noticias fueron multiplicándose y llegaron escritos provenientes de diferentes partes de la república. Y, claro, en Yucatán también hubo persecución en contra de quienes colaboraban o apoyaban al impreso. De esta forma, nos dice De la Torre, *¡Tierra!* “se convirtió en el primer periódico anarquista extranjero que estableció contactos en suelo mexicano”.

Si bien el esfuerzo de recopilación es encomiable y la importan-

cia de los textos reproducidos es indiscutible, hace falta, sin embargo, unos apuntes en los que se dé cuenta del proceso de búsqueda seguido y, sobre todo, de la propuesta metodológica aplicada para la selección; esto es, queda la duda, por ejemplo de si hubo discriminación, o los textos reunidos son todos los que se publicaron en el semanario sobre México. Y en caso de haberse hecho una selección, cuál o cuáles fueron los criterios para ello O, en sentido inverso, explicar por qué se decidió incluir todo sin seleccionar. Necesario resulta también un índice detallado que permita tener una visión de conjunto de los escritos reunidos, y quizá de los autores. Y considero que habría sido enriquecedor para la obra la inclusión de, digamos más que un índice onomástico, de una especie de pequeño diccionario biográfico, en el que se enlistaran los nombres de los personajes relevantes que aparecen mencionados en las notas periodísticas. Sin duda las aclaraciones a pie de página que se encuentran a lo largo del libro ayudan efectivamente al lector para ubicar algunas situaciones y personajes que resultan complejos de descifrar; esas notas son un acierto.

El excelente estudio introductorio de Alejandro de la Torre que acompaña la selección de textos, y con el cual se abre el volumen, permite al lector un mayor conocimiento no sólo de los artículos reunidos sino de la trayectoria del semanario a lo largo de sus años de vida y del movimiento anarquista mismo. En efecto, compuesta por cinco secciones, en la

primera se ocupa de situar la inscripción del anarquismo cubano en el contexto del anarquismo internacional, especialmente en el marco de la herencia española, así como del intercambio con la prensa ácrata de España y de Estados Unidos. Se explica también en esta sección el surgimiento, formación y consolidación del movimiento anarquista en la isla. En la segunda, el autor explica los vínculos entre Cuba y Yucatán, y da cuenta de las razones del intercambio periodístico entre ambas regiones.

La tercera parte está dedicada al seguimiento del papel y de las relaciones entre representantes —partidos y personas— del anarquismo mexicano con el cubano y el rol de los Estados Unidos. Aquí vemos aparecer al PLM (Partido Liberal Mexicano) y a su Junta Organizadora, y nacer la particular asociación entre un grupo de liberales mexicanos y otro de anarquistas cubanos, vínculo que De la Torre vislumbra como el resultado de la “mediación de algún militante ácrata lo suficientemente calificado entre las filas del anarquismo insular”, posiblemente Florencio Basora. Señala el autor que la relación con el magonismo aparece más claramente definida hacia 1907 y se puede observar el intercambio entre el semanario y periódicos como *Regeneración*, comandado por los hermanos Flores Magón, así como con un importante número de publicaciones estadounidenses contrarias al gobierno porfiriano. En esta misma sección muestra el autor el temor de las autoridades ante la “prepa-

ración de una conjura anarquista en territorio mexicano”, y da seguimiento a los procesos represivos desplegados en Yucatán en contra de los agentes de *¡Tierra!* Cuenta también cómo esta estrategia, en sentido inverso a las pretensiones gubernamentales, fue un elemento detonador de “una campaña internacional a favor de los perseguidos mexicanos”.

En el cuarto apartado, siempre teniendo como base los textos compilados por Barrera, De la Torre da cuenta del declive del interés de los redactores del semanario por las cuestiones mexicanas que observa a partir de 1909, pero que cobrarían nuevo auge en 1911. Las notas incluidas aludían al inevitable surgimiento de un alzamiento popular y mostraban la solidaridad de los anarquistas cubanos con la situación mexicana. También en los artículos publicados se dio seguimiento al estallido de la revolución, a la cual apoyaron y alentaron desde sus columnas. No sólo eso, los redactores del semanario organizaron y promovieron una “suscripción de ayuda económica”, con la que pretendían apoyar al PLM y el sostenimiento de *Regeneración*. Muestra pues, en este apartado, el profundo e importante vínculo entre el movimiento magonista y los redactores del semanario, pero también se ocupa de analizar las dificultades existentes entre ambos grupos. Por último, en la quinta sección, el autor refiere el ajuste en la postura de *¡Tierra!* experimentado hacia finales de 1913, a partir de entonces perdieron intensidad las muestras

de apoyo hacia la Revolución mexicana, y asegura De la Torre que sus redactores procuraron establecer “puntos de vista más conciliadores” respecto de la dirigencia magonista. En 1914 la relación se enfrió, disminuyeron las alusiones a México y mermó el apoyo hacia *Regeneración*. *¡Tierra!* desapareció al año siguiente, en 1915.

El estudio de Alejandro de la Torre y la compilación de Jacinto Barrera constituyen un importante aporte para los estudiosos y para los “curiosos” de la prensa, de la política, del porfiriato y de la revolución, del magonismo y del anarquismo, entre otras áreas de interés. Es necesario, sin embargo, advertir al lector que debe tener reservas frente a los escritos publicados en el periódico anarquista cubano. Esto es, hay que recordar que la prensa fue siempre (y continúa siendo, claro está, hoy quizá más que nunca, cuando tenemos televisoras que hacen presidentes, congresos con telebancadas y leyes diseñadas a la medida como la Ley Televisa) un actor político (además de económico y social) que hablaba por sus intereses. Aunque se ha dicho y repetido, no debemos olvidar que la prensa nunca es inocente, que está aliada y comprometida con ciertas causas, con ciertos grupos, con ciertos fines. También, que la prensa no es simplemente un medio que refleja la realidad sino que también la construye.

Sumerjémonos en los artículos y notas reproducidos en estas páginas, descubramos los temas que interesaban, los actores que estaban en el escenario pú-

blico, los debates nacionales e internacionales que tenían lugar a través de los impresos. Observemos la manera en que el discurso anarquista contribuyó a forjar esa visión absolutamente negativa del régimen de Díaz, visión que predominó a lo largo de varias décadas en la historiografía posrevolucionaria y que si bien algo tenía de cierto, también tenía otro tanto de invención. Procuremos igualmente, después de leer estos apasionantes escritos, adoptar una actitud analítica y reflexiva que nos permita situar y comprender el sentido y la finalidad perseguida por sus autores y el contexto en que fueron generados. En efecto, sin duda estos textos, como sucede con la prensa en general, nos dicen mucho de la época que los produjo, pero siempre que apliquemos ejercicios críticos en su lectura. Es necesario acercarnos prevenidos de que lo que leemos, si bien nos permite observar algunos problemas de la vida nacional, no constituyen la vida nacional, sólo una parte de ella.

Es imposible agotar en una reseña todos los temas y todas las posibilidades que se encuentran reunidos en un libro, por ello recomendamos la lectura de *Los rebeldes de la bandera roja. Textos del periódico anarquista ¡Tierra!, de La Habana, sobre la Revolución mexicana*, pues ella posibilitará una nueva perspectiva de acercamiento a la historia porfiriana y revolucionaria desde la óptica de las relaciones establecidas a través de la prensa entre México y Cuba.